

JULES SUPERVIELLE (1884)

## La pampa

EL trotecito de los gauchos me modela,  
| las orejas fijas de mi caballo me ayudan a situarme.  
Vuelvo a encontrar en su plenitud lo que ya no osaba enfrentar,  
ni siquiera por el ventanillo de una hipótesis,  
toda la Pampa extendida a mis pies como hace siete años.  
¡Oh Muerte, heme aquí de retorno!  
Tenía entendido sin embargo que no me dejarías volver a ver  
| estas tierras.  
me lo había dicho una voz que se asemejaba a la tuya, una voz  
| que era la tuya, porque tú solo te pareces a ti misma,  
y ahora soy como ese relincho que no sabe que existes.  
Encuentro cómico haber dudado tanto de mí y es de ti de quien  
| dudo, oh Encarecida,  
hasta cuando mi caballo franquea los huesos de un buey lim-  
| piamente blanqueados por los buitres y por las águilas.  
o cuando un olor de res frescamente desollada, al pasar, me  
| barrena las narices.  
Me identifico con la Pampa que no conoce la mitología, con el  
| desierto orgulloso de ser el desierto desde los tiempos  
| más abstractos  
e ignorante de los Dioses del Olimpo que ritman todavía el  
| viejo mundo.  
Me adentro en la llanura que carece de historia y que tiende  
| hacia todos los lados su piel dura de vaca que siempre  
| ha dormido en descampado,

y que por toda vegetación no tiene más que algunos talas.  
 |ceibos, pitas, que no conocen el griego ni el latín,  
 pero que saben resistir el viento devorador del polo,  
 con toda su vieja astucia bárbara  
 oponiéndole la grupa concentrada de su ramaje hormigueante  
 |de espinas y sus hojas a manera de hachazos.  
 Me mezclo con una tierra que no depende de nadie y que se  
 |veda parecerse a esos paisajes manufacturados de Europa,  
 |sangrados por los recuerdos,  
 a esa naturaleza extenuada y jadeante que sólo tiene accesos  
 |de luz,  
 y que, arrepentida, borra en el invierno lo que hizo durante  
 |el verano.  
 Avanzo bajo un sol que no teme las intemperies que emplea  
 |sin tacañería sus potes de fresco color local para cielos a  
 |pleno viento que de un solo tirón se van hasta el cénit,  
 |y que sujeta en sus rayos, como con lazo, a un gaucho  
 |montado, palpitante.  
 Las nubes no son para él pretextos para una melancolía dis-  
 |tinguida,  
 sino rudos amigos de otra raza, que tienen otras costumbres,  
 |con los cuales se puede conversar,  
 y las tormentas cortas son bruscas fiestas comunes en las que  
 |cielo, sol y nubes  
 concurren de buen grado y diafrutan de su placer y del de los  
 |otros,  
 en las que la Pampa  
 rueda enteramente ebria por el lodo tenaz en que zozobran las  
 |lejanías,  
 hasta la hora de las golondrinas  
 y de las últimas nubes, la espalda redondeada contra el viento  
 |del sur,  
 cuando la tierra, sobre todo el contorno del horizonte bien  
 |engarzado, seca sus charcos, y su ganado y sus pájaros  
 bajo el cielo resonante de las exclamaciones del sol que pro-  
 |cura recoger sus rayos dispersos.

## En el espacio y en el tiempo

AQUÍ estamos los dos como frente al mar  
bajo el avance salino de los recuerdos.

Desde tu sombrero aéreo hasta tus talones casi puntiagudos  
eres ligera y sensible  
como si los pájaros estriados por la luz de tu patria  
remontasen la corriente de tus sueños:

¡Ah! tú quisieras echar puentes de sol entre países que separan  
| los océanos y los climas,  
y que se ignorarán siempre.

Las tardes de Montevideo no serán coronadas de celestes rosa-  
| ledas pirenaicas,  
los montes del Janeiro siempre ardientes y nunca consumidos  
| no palidecerán bajo los dedos delicados de la nieve  
| francesa,

y tú no podrás oír, a no ser en el corazón, la marca de las  
| avenas argentinas,  
ni formar un solo amor con todos esos amores que jalonan tu  
| alma,

y cuyas miles humaredas no se enlazarán nunca en el trenzado  
| de una sola humareda.

Que tus párpados rápidos se resignen. ¡oh desesperada del  
Espacio!

No te aflijas, tú cuyo tormento no remonta como el mío hasta  
| las edades que tiemblan detrás de los horizontes,

tú no sabes lo que es una ola muerta hace ya tres mil años. y  
| que renace en mí para volver a perecer.

ni la alondra inmóvil desde hace varias décadas que se con-  
| vierte en mí en una alondra enteramente nueva,

con un corazón rápido, rápido,  
urgido de concluir;

No te aflijas, tú que ves en la noche a una amiga que asombra  
| tu sonrisa aguzada por la caída de la tarde,  
en la noche armada de estrellas innumerables y hormigueante  
| de siglos,  
que me fuerza, para medir su violencia,  
a volcar la cabeza hacia atrás  
como hacen los muertos, amiga mía,  
como hacen los muertos.

(*Debarcadères.*)